



## ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO.—FRANCISCO.

[Don Pedro con unas cartas en la mano, junto á la mesa. Francisco recibiendo órdenes, en actitud respetuosa. Don Pedro viste de negro, de levita cerrada.]

PEDRO.

Despues de acabar con eso,  
si á las seis no estoy de vuelta,  
distribuirás estas cartas.....

Esta primero..... La entregas  
en propia mano ¿has oído?

á mi abogado Villegas;  
ésta, al notario Mendoza,  
y á Don Jaime López ésta.

Te repito[que]ha de ser

después de las seis.... me esperas....  
Si á tal hora no he venido  
de la calle, te las llevas  
á sus destinos.....

FRANCISCO.

Señor,  
haré cuanto usted me ordena.

PEDRO.

Ahora..... y sólo en ese caso,  
quiero que des esta esquila  
á Soledad, á mi hija,  
mas sin que nadie te vea.

FRANCISCO.

¿Esta noche?

PEDRO.

No, mañana.  
Hoy las otras.

FRANCISCO.

¿Aunque vuelva  
el señor?

PEDRO.

¿Pues no te he dicho  
Que en ese caso te quedas  
con ellas? Dí ¿qué te pasa?

FRANCISCO.

Pues que todo me da vueltas,  
señor, que estoy que me aturdo,  
que se me va la cabeza.....

PEDRO.

Está bien..... ¡pobre Francisco!  
es natural que nos quieras.

En caso de una desgracia  
tú te quedarás con ellas....  
Cúdalas y sobre todo  
á la señorita.....

(Francisco se retira llorando.)

Espera.....

Toma..... esta llave es la llave,  
Francisco, de mi gaveta;  
cuantos papeles encuentres  
guardados allí, los quemas.  
Tambien hay dinero.... tómalo:  
Vete.... es preciso que tengas  
más valor.... y pide al cielo  
que yo á su tiempo lo tenga.

FRANCISCO.

Vaya.... Vaya.... ¿Usted, señor?  
Se acuerda usted de la guerra?  
Cuando llovían las balas  
en montones como piedras....

PEDRO.

(Despidiéndolo.)  
Bueno.... bueno.... no te olvides  
de mis encargos y espera.  
(Váse Francisco.)

ESCENA II.

PEDRO, solo.

PEDRO.

Bien, muy bien, por arreglar  
ya nada queda, estoy listo....

¡Viaje por viaje! ¡está visto  
que era forzoso viajar!  
Después de todo, qué vale  
ya para mí la existencia,  
si es un bien la eterna ausencia  
para el que del mundo sale  
como yo voy á salir,  
sin más amor en verdad,  
que el amor de Soledad  
que va también á morir.  
A morir de la peor suerte:  
la muerte á la vida unida.....  
¡esa apariencia de vida  
más horrible que la muerte!  
Amar como ella.... sentir  
el amor por vez primera.....  
¡y qué amor! una quimera,  
¡nada, para el porvenir!.....  
Colocada la infeliz  
en tan triste situación,  
de su pobre corazón  
arrancará de raíz  
su pasión tarde ó temprano,  
cuando su desdicha entienda,  
cuando se caiga la venda  
que le oculta el negro arcano.  
Y aun cuando pueda encubrir  
la madre el enigma inundo,  
entre ella y él ¡qué profundo  
abismo vamos á abrir!  
Qué abismo en su pecho sano,

en su alma inocente y pura:  
una mujer sin ventura,  
un hombre falso y villano,  
un padre que no es posible  
que deje desesperado  
de matar ó ser matado,  
¡y un amor que es imposible!  
¡Soledad!.... ay!.... soledad!  
por todas partes la espera.....  
¡A mí también, donde quiera  
en mi triste ancianidad!  
¡Más me valiera morir!

ESCENA III.

ANA.—PEDRO.

ANA.

Pedro.....

PEDRO.

¿Otra vez?

ANA.

Sí, confío

en tu bondad, Pedro mío,  
y no puedo consentir.....

PEDRO.

Es inútil pertinacia,  
eso no tiene remedio.

ANA.

¿No es posible hallar el medio  
de evitar una desgracia?  
¿Y con quién te bates?

PEDRO.  
Ana,  
para escucharte no estoy,  
y pudiera decirte hoy  
lo que te pese mañana.....  
Es para tí buen consejo  
que calles en este punto.....  
Ya te dije que es asunto  
muy antiguo, muy añejo.....  
Véte, déjame.

ANA.

No tal.

A ese duelo no has de ir.  
No te he de dejar salir!

PEDRO.

(*A parte.*)  
(*Va á obligarme por su mal.*)  
Mira que no puede ser.

ANA.

He de oponerme á tu paso.

PEDRO.

(*Voy á encontrarme en el caso  
de matar á esta mujer.*)

ANA.

Pedro ¡por Dios!

PEDRO.

¡Por Dios, no!

No nombres á Dios aquí,  
que Dios te condena á tí.....

ANA.

(*Levantándose temblorosa.*)

Dios ¿á mí? ¿pues qué hice yo?  
¿Es por mí, acaso, ese duelo?  
Contesta... Pedro, responde...  
mi angustia no se te esconde,  
no se te esconde mi anhelo!

PEDRO.

Así es la mujer.... así...  
Hiere.... lastima... envenena...  
ni sabe cuándo condena,  
ni mira en torno de sí.  
No mira detrás un hombre,  
que le entrega nombre y fama...  
que la respeta... que la ama...  
porque es su fama y su nombre!  
Ella, que tanto se asombra,  
no piensa cuando denigra...  
que la existencia peligra...  
del que ha insultado en la sombra...  
Tú, Ana, en la oscuridad,  
tú, Ana, sin que se viera,  
sin que nadie te sintiera...  
¡Yo en completa claridad!  
Tú, junto con mi contrario  
A mi honra agravio hiciste...  
Tal vez los labios abriste  
al pié del confesonario;  
del templo augusto y tranquilo  
bajo la bóveda santa,  
se exhaló de tu garganta  
en el silencio, el sigilo,  
la terrible confesion,

que tú, ni antes ni despues  
supiste hacer á los pies  
de mi enfermo corazon.

¿Qué hago contigo? ¿te mato?  
No!... te quiero todavía....

¡Y matarte no podríal  
Que en mi espantoso arrebato,  
en medio de mi dolor,  
me acuerdo, porque es ley fija,  
que eres madre de mi hija,  
y ella es hija de mi amor.

Pero es necesario herir,  
cuando se llega á pensar  
que es un placer el matar  
ó es un consuelo el morir!

¿Morir?... ¡sería mejor! *(Aparte.)*

Calla.... no preguntes más.....  
*(Alto.)*

que todo á saberlo vas:  
¡me bato con el doctor!

*(D. Pedro coge del brazo á doña Ana y  
la lleva hasta la puerta de su aposento,  
donde la deja desolada, avergonzada y  
bañada en llanto. Doña Ana sale deshe-  
cha en sollozos.)*

ESCENA IV.

D. PEDRO.—GONZALO.

PEDRO.

*(Señalando á Ana con profunda ironía  
lastimosa.)*

¡Llorar!

*(Se vuelve y ve á Gonzalo.)*

¿Quién? ¿usted aquí?

GONZALO.

*(En la puerta del fondo.)*

Comprendo que es con razon,  
difícil mi situacion.

PEDRO.

Pues qué quiere usted de mí!

Pase usted y tome asiento.

GONZALO.

Gracias.

PEDRO.

Diga usted qué quiere,  
porque, en verdad, no se infiere.....

GONZALO.

Permita usted un momento.

Permita usted vacilar

á un hombre que, francamente,

no sabe, pues tanto siente,

ni por dónde ha de empezar.

PEDRO.

Está bien... como usted guste.

*(Pausa breve.)*

GONZALO.

*(Acercándose más á D. Pedro.)*

Cuando en la corriente humana,

por uno ú otro motivo,

por ésta ó aquella causa,

dos hombres que no se vieron

nunca, ó que apenas se tratan,

se encuentran en un sendero,  
y chocan y de él no pasan,  
porque es angosta la vía,  
porque un hecho, una palabra,  
provoca el conflicto, de esos  
que no más la sangre lava,  
porque la sangre manchando  
dicen que borra las manchas;  
cuando se van al terreno  
y se buscan y se matan,  
y tras uno ó dos cadáveres  
no dejan señal, ni rastra,  
ni huella de desventuras  
de miserias ó de lágrimas,  
bien está que se asesinen,  
bien está, señor, que caigan  
para saciar sus enconos  
y satisfacer sus ansias!  
Pero cuando tras sí dejan  
luto eterno, pena infausta,  
duelo que nunca termina,  
llanto que jamás escampa;  
cuando entre seres queridos,  
entre dos que tanto se aman,  
se va á abrir un hondo abismo  
que no se llena con nada,  
que eternamente divide,  
que para siempre separa,  
entonces, señor, bien vale  
la pena de que dos almas  
depongan negros rencores,

olviden fieras venganzas  
y den paz á sus proyectos  
y den de mano á las armas. ....

PEDRO.

(Sonriendo y moviendo ligeramente la cabeza con señal negativa.)  
Jóven. ....

GONZALO.

(Interrumpiéndole.)

Mi padre no sabe  
que yo he venido á esta casa.

PEDRO.

Jóven. . . . ya sé que al venir  
nobles impulsos le arrastran,  
que harta congoja le cuesta  
abrir á su amor las alas. . . . .  
sí, sí, lo comprendo todo. . . . .

Su padre de usted, por nada  
de este mundo, pues bien sé  
en cuánto estima su fama,  
venir le hubiera dejado  
á tratar. . . . . de lo que trata!  
Pero hay motivo tan grave!

GONZALO.

Señor. . . . .

PEDRO.

Y está la balanza  
de tal manera repleta  
y de tal modo colmada,  
por un lado tan subida  
y por el otro tan baja,

que no hay posible equilibrio.

GONZALO. Señor Don Pedro.... ¿Y no basta que piense usted en su hija.....

PEDRO. Gonzalo.... ni una palabra!.....

GONZALO.

¿No significa ni vale en situación tan amarga, el amor que yo le tengo, mi esperanza y su esperanza? año tras año, señor, pensando en ella, buscaba y he logrado al fin hallar honra, posición y fama; por Soledad, para darle con mi ternura, la ansiada dicha del hogar doméstico, tranquilidad, venturanzas, los agasajos del cuerpo, las alegrías del alma..... ¡Cuántos días de trabajo, cuánta noche solitaria..... cuánta vigilia!

PEDRO.

Gonzalo, es inútil, por desgracia, todo cuanto usted me diga.

Oiga usted lo que no basta: á un hombre que tanto amé, tanto amé desde la infancia.....

que ha consolado la época de mi vida más amarga...

á aquel que á la cabecera de mi lecho en noches largas, ví solícito, amoroso, como padre que se afana, como médico del cuerpo, como médico del alma, aliviando mis dolores, alentando mi esperanza; que del sepulcro dos veces me ha arrancado, por desgracia, á ese.... tengo que dar muerte; á ese.... lo mato ó me mata!.....

¡Qué razón tan poderosa, tan bastante, tan sobrada, debe existir.... cuando tanto para impedirlo no basta!  
(Suenan una hora.)

Oiga usted—un cuarto de hora— ¡Sólo un cuarto de hora falta!  
Adios.....

GONZALO.

Señor.... ¿qué motivo? quiero saberlo.

PEDRO.

(Tomando su sombrero.)

Palabras, palabras.... se pierde el tiempo.

GONZALO.

¡Qué vilezas ó que infamia!.....

No se irá usted.....

PEDRO.

Es curioso.....

ESCENA V.

Dichos y ANA.

ANA.

Pedro.

PEDRO.

(Con violencia.)

¿Tú también?

ANA.

No vayas!

PEDRO.

(A Gonzalo.)

Usted que es un caballero,  
saber debe que no hay nada  
que impida á un hombre de honor

(Gonzalo se retira de D. Pedro.)

Ocurrir al puesto.....

(A Doña Ana que insiste.)

Calla!

GONZALO.

Pero puede usted decirme,

Señor, en cuatro palabras.....

ANA.

Pedro. ....

PEDRO.

(A Gonzalo señalando á Ana.)

Pregúntele usted

á esta señora la causa!

(Sale precipitadamente.)

ESCENA VI.

GONZALO.—DOÑA ANA.

ANA.

(Ocultando el rostro entre las manos.)

¡Ah, Dios mío!

GONZALO.

No es posible.....

¡Sólo Dios aquí nos salva!

ANA.

¿Usted con su padre habló?

GONZALO.

¿Con mi padre? ¡Yo! ¿Señora?

No tal.... Y usted que no ignora  
cuál es el motivo.....

ANA.

No.....

Yo no sé nada.... no es cierto.....  
he tratado de inquirir.....

GONZALO.

Pero logró descubrir.....

ANA.

No.... yo nada he descubierto.

GONZALO.

Algo debe usted saber  
y aunque no es tiempo de nada.....

(Arrebatado de desesperacion.)

—Situacion más angustiada,



no ha habido ni puede haber!  
¿La comprende usted? de un lado,  
de mi padre la existencia.....  
del otro.... ella, su inocencia.....  
¡Soledad!... desmoronado.....  
aquel hermoso edificio;  
nuestra ventura perdida.....  
tras de una herida.... la herida  
horrenda del sacrificio!.....

ANA.

(*En un arranque.*)

Vamos allá.....

GONZALO.

¿Y dónde es?

ANA.

No sé.... mas se me figura.....

GONZALO.

(*Con desaliento.*)

De todos modos, locura.....

Hoy lo mismo que despues

hay que esperar.....

ANA.

¿Esperar?

GONZALO.

Que pase este tiempo lento  
de amargura y de tormento.....  
para volver á empezar  
otro, señora, más largo,....  
¡tiempo de horror y de infierno,  
infinitamente eterno,

infinitamente amargo!  
No para usted, ¿es verdad?  
Usted al fin no quería.....  
Señora, usted se oponía  
á que amase á Soledad!.....  
Sin saber por qué razon,  
nada más por su derecho;  
hacia usted en mi pecho  
pedazos mi corazon!.....  
¿Acaso á usted.....

ANA.

(*Aparte.*) ¡Hijo mío!  
(*Con mucho dolor y amargura.*)

GONZALO.

Le importa poco mi pena?

ANA.

Gonzalo!

GONZALO.

Usted es muy buena

y por eso su desvío

me causó gran extrañeza.....

Pero este acontecimiento

le devolverá el contento.

ANA.

Habla usted con ligereza.

GONZALO.

Perdone usted ¡pero insisto

en que este lance, será

bien para usted.... No podrá

entre ella y yo, por lo visto

haber nada.... Han puesto cote

á nuestra dicha en un día,  
y el lazo que nos unía  
ya para siempre está roto.  
Si yo.....

SOLEDAD.

[Adentro.]

¡Mamá!

ANA.

¡Ella viene!

¡Ah! calle usted por favor.

GONZALO.

¿No sabe nada? Mejor.....

¡Ella aún ilusiones tiene!

ESCENA VII.

Dichos, SOLEDAD.

SOLEDAD.

[Al ver á Gonzalo.]

Ah! qué gusto! (Aparte.)

¡Ya no hay viaje!

[Alto]

¿Qué cree que he estado haciendo?

¿No da usted? Descomponiendo

ese bendito equipaje.....

¿Eh? (Acercándose á Gonzalo.)

Papá lo resolvió.....

porque él nos protege ¿estás? (Ap.)

[A Doña Ana, alto.]

¿Sigues llorando?—No vas

á mirar lo que hice yo

con tus cosas?..... yo las puse  
en donde tu las tenías....

pero las cajas vacías,

por mucho que las compuse,

no se llenaron..... ¿qué pasa?

¿Por qué no habla usted, Gonzalo?

Mamá, ¿lloras? Malo, malo.....

[A Gonzalo aparte.]

¡Hay gran tormenta en la casa!

(A doña Ana.)

Te vas? Pues mira, mamá,

lloras porque no nos vamos!

ANA.

[Con voz apenas perceptible.]

Sí.....

SOLEDAD.

¡Pues frescos estamos!

¡Nos iremos, y ya está!

No es justo que esto te aflija;

Verás cómo se resuelve!

GONZALO.

¿Se vá usted?

SOLEDAD.

Se va y vuelve.

(Váse Doña Ana llorando sin responder á su hija y se encamina hacia su aposento.)

ESCENA VIII.

SOLEDAD, GONZALO.

Va á ver lo que ha hecho su hija

de horrores en el ropero.....  
Si por eso has de enojarte.....  
[Como reprochándole.—Como ya está lé-  
jos doña Ana en una explosión de cariño  
dice:]

¡Ah, cuánto gozo en mirarte!  
[Con mucha sencillez.]  
¡Gonzalo, cómo te quiero!

GONZALO.

Y yo á tí, Soledad mía!

SOLEDAD.

Papá dijo de repente.....  
que el viaje no era prudente,  
que ya viajar no quería.....  
Y es que me miró tan triste!.....

Papá me quiere de veras.....

Gonzalo, si tú lo oyeras.....

Haz de cuenta que lo oiste.....

No puede verme afligida,  
y mamá, de contrariada,  
llora y llora..... ¿Pero nada  
me contestas? Por tu vida,  
pareces indiferente.....

GONZALO.

¿Cómo ha de ser?

SOLEDAD.

Pues tu cara  
tiene no sé qué de rara.....  
Está sombría tu frente,  
y eso, Gonzalo, no es justo.....  
O para tí nada valgo

ó dilo..... tú tienes algo;  
tú has tenido algun disgusto.  
[Dándole una carta.]

—Toma, si no se me olvida  
ó viene mamá, y ya ves.....  
Te la escribí anoche! Es  
mi carta de despedida!  
Para eso no sirve ya,  
pues que de viaje no hay cosa;  
pero está tan cariñosa,  
que siempre te servirá  
para aumentar tu cariño.

—Pero hablo y hablo, y en estas  
y en las otras, no contestas.....  
¿Estás haciéndote el niño?

GONZALO.

Es que no sabes...

SOLEDAD.

Quién sabe  
qué te pasa?... dilo presto!

GONZALO.

Es que.....

SOLEDAD.

Dilo ó me molesto.

GONZALO.

Pasa una cosa muy grave.

SOLEDAD.

¿Muy grave? pues vale más  
entónces no conocerla.

GONZALO.

Pues necesitas saberla.

SOLEDAD.  
¡Me asustas!

GONZALO.  
Y la sabrás

SOLEDAD.  
¿Es algo que nos atañe?

GONZALO.  
Eso. A nuestro porvenir,  
y me hace sufrir.

SOLEDAD.  
¿Sufrir?

Es justo que te acompañe.

GONZALO.  
Al porvenir de los dos.....  
Ni lo alcanzas á prever.

SOLEDAD.  
Y ¿qué podemos temer  
sin la ausencia?.....

GONZALO.  
Quiera Dios  
que esta vez.....

SOLEDAD.  
Tanto misterio.....

GONZALO.  
Es que tú no te imaginas.....

SOLEDAD.  
Ah!..... ya adivino!

GONZALO.  
¿Adivinas?

SOLEDAD.  
Por eso te vi tan serio

con mamá. Es que persiste  
en que nuestro amor se acabe,  
y por eso ella no sabe  
más que llorar. ¿No la viste?  
Desde esta mañana están  
hechos dos fuentes sus ojos:  
ardientes, hinchados..... rojos.  
¿Pero has visto tú qué afán?  
Será fuerza darle gusto.

GONZALO.  
Pues no es eso que has creído.  
Nuestros padres han tenido  
un espantoso disgusto

SOLEDAD.  
¿Nuestros padres?

GONZALO.  
Sí, por cierto.

SOLEDAD.  
Gonzalo, eso no es verdad.

GONZALO.  
Es la verdad, Soledad.  
Y es tan grave, te lo advierto,  
este asunto, que él separa  
tu existencia de la mía.

SOLEDAD.  
Gonzalo!

GONZALO.  
Ser no podría  
de otro modo.....

SOLEDAD.  
Mas repara,

Gonzalo, que si chanceas  
de tal suerte...

GONZALO.  
No chanceo.

SOLEDAD.  
Gonzalo, yo no te creo.

GONZALO.  
Pues es preciso que creas.  
En este instante tal vez  
uno de los dos no existe.

SOLEDAD.

(Llamando.)

Ah! no! madre!

GONZALO.

¡Calla!

SOLEDAD.

¿Oíste?

(Refiriéndose á que doña Ana ha respon-  
dido.)

Ya viene.—¡Madre!

(Llamando.)

GONZALO.

¡Pardiez!

¡Cálmate!.....

SOLEDAD.

(Queriendo ir al encuentro de doña Ana.)

¡No!

GONZALO.

(Cogiéndola de la mano y deteniéndola.)

Soledad,  
tú me ofreciste más calma.

SOLEDAD.  
Suéltame!

ESCENA IX.

Dichos, DOÑA ANA.

SOLEDAD.

¡Madre del alma!

ANA.

¿Qué tienes?

SOLEDAD.

Dime ¿es verdad?

respóndeme madre mía,

¿es verdad? Conque era cierto....

¡Y tal vez mi padre ha muerto!

GONZALO.

(A doña Ana.)

Hoy de saberlo tenía.

SOLEDAD.

Que mi padre y el Doctor

se enojaran hasta el grado

de matarse?..... Tú has soñado;

(A Gonzalo.)

tus sueños, madre, ¡qué horror!

¿No están tranquilos?..... ¿no están?

(A Ana.)

¿Por qué tu congoja crece?

¿Oyes, Gonzalo, parece

que he oído abrir el zaguán.....

¡Ha de ser mi padre!—¡Yo,

yo le voy á recibir; *(avanza y se detiene.)* ]

pero no me atrevo á ir!

¿Tú oyes sus pasos? ¡ó no!

*(A Gonzalo.)*

Sí, son sus pasos! De aquí  
no me puedo mover ya!

*(Avanza y se vuelve á detener cerca de la  
puerta del fondo.— Aparece D. Pedro por  
la puerta del fondo. Todos al mirarlo re-  
troceden aterrados.)*

GONZALO.

¡El solo!

ANA.

*(Interrogando.)*

Pedro . . . . .

ESCENA X.

Dichos, PEDRO.

PEDRO.

*[Con solemnidad. Descubriéndose.]*

¿Ya está!

GONZALO.

¿Ha muerto mi padre?

PEDRO.

¡Sí!

*(Gonzalo apoya la frente en su mano y per-  
manece mudo unos instantes. Despues  
toma su sombrero, se adelanta á Soledad  
y le dice con voz temblorosa:)*

GONZALO.

¡Adios!

SOLEDAD.

*(Desesperadamente.)*

¡Nunca!

GONZALO:

Entre los dos

pone Dios el imposible!

*(Retirándose.)*

SOLEDAD.

*(Siguiéndolo y deteniéndolo á viva fuerza)*

¡No lo creas! . . . . . no es creible . . . . .

¡Espera!

GONZALO.

*(Rechazándola con suavidad.)*

¡No quiere Dios!

*(Soledad cae al suelo de rodillas primero  
y luego rueda por él. Gonzalo sale por la  
puerta del fondo.)*

ESCENA XI.

DON PEDRO, DOÑA ANA, SOLEDAD, *(tirada en el  
suelo.)*

*(D. Pedro se acerca á Doña Ana que está  
presa del más profundo estupor, y cogién-  
dola de un brazo, le dice con voz reconcen-  
trada por la ira y el dolor, señalando á  
Soledad.)*

PEDRO.

Mitiga su hondo quebranto  
miéntras el consuelo viene.

¡Pobre Gonzalo! El no tiene  
madre que enjugué su llanto.

*(Estos dos últimos versos con marcada in-  
tención y casi al oído de Doña Ana.)*

(TELÓN RÁPIDO.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



## ¡HASTA EL CIELO!

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

A la Sra. Doña Leonor del  
Valle de Peón.

Su esposo,

*El Autor.*